

GRAN TEATRO DEL LICEO

Dirección Artística y Empresa
Juan Mestres Calvet

Emmendat

ARGUMENTO

TEMPORADA DE PRIMAVERA
Exposición Internacional de Barcelona

1929

Domingo, 2 junio 1929

3.^a de propiedad y abono a tardes

A las 6 en punto

El drama lírico en 3 actos y 5 cuadros, libro de G. Adami y R. Simoni, música del malogrado maestro *G. Puccini* (el último dueto y final de la ópera han sido completados por el maestro F. Alfano),

TURANDOT

Maestro director y concertador

Franco Paolantonio

Dirección escénica

Filippo Dadó

REPARTO

<i>La Princesa Turandot</i>	<i>Sra. BARRIGAR</i>
<i>Liú</i>	<i>" LAURENTI</i>
<i>El Príncipe Calaf</i>	<i>Sr. MELANDRI</i>
<i>Ping</i>	<i>" DEL CORSO</i>
<i>Pong</i>	<i>" GALLOFRÉ</i>
<i>Pang</i>	<i>" BALLARDINI</i>
<i>Timur, Rey Tártaro</i>	<i>" VELA</i>
<i>El Emperador Altoum</i>	<i>" FIORE</i>
<i>Un mandarín</i>	<i>" JORDA</i>
<i>El verdugo</i>	<i>" X. X. X.</i>
<i>El Príncipe de Persia</i>	<i>" ZOLA</i>

Coro general

Maestro del coro: A. CAPDEVILA

4 *Decoraciones de Bertini-Pressi, bajo bocetos del teatro Scala de Milán, por G. Cirini; 320 trajes, atrezzo, guardarropía, zapatería del Teatro Scala, confeccionado y construido bajo figurines de Caramba, por la renombrada casa Chiappa y Cia., y del atrezzo la casa Origoni, de París.*

Los instrumentos musicales especiales para esta obra pertenecen a la casa editorial G. Riccordi y Cia, así como la propiedad de la obra. Representante en Barcelona, Vidal, Llimona y Boceta.

Giacomo Puccini

Este popular compositor italiano nació en Lucca en 1858. Su padre era un distinguido músico y le inició en los primeros estudios, que continuó con el maestro Angelini, pasando después al Conservatorio de Milán, donde completó su educación musical con Bazzini y Ponchielli.

Después de haberse dado a conocer como compositor en 1883 con un *Capriccio Sinfónico*, entregóse de lleno a la producción de óperas, comenzando con *Le Villi* (1884), que obtuvo buena éxito. A ésta siguieron, en 1889, la ópera *Edgar*, fracasada, y, en 1893, *Mamón Lescaut*, cuyo éxito afirmó resueltamente la personalidad del autor en el campo de la ópera. Su fama acrecentóse con las óperas que produjo sucesivamente y que popularizaron rápidamente el nombre de Puccini por todo el mundo, a saber: *La Bohème* (1896), *Tosca* (1900) y *Madame Butterfly* (1904), siendo curioso observar que tanto esta última como la popularísima *Bohème*, no obtuvieron el favor del público al estrenarse en su patria.

Los ruidosos éxitos puccianos fueron decreciendo en sus posteriores producciones: *La fanciulla del West* (estrenada en Nueva York, 1910), y *La Rondine* (1917). A éstas sucedió un original tríptico operístico, formado por tres óperas en un acto, tituladas *Il Tabarro*, *Sor Angélica* y *Giovanni Schicchi*, producciones que tampoco consiguieron remontar la fama del autor, ni siquiera en su propia patria.

Hallándose ocupado Puccini en la composición de su última ópera *Turandot*, tuvo que trasladarse precipitadamente a una clínica de Bruselas, para operarse de una grave afección a la garganta. Allí continuó la composición y cuando se hallaba muy adelantada, falleció a consecuencia de la referida intervención quirúrgica en 1924.

La ópera póstuma *Turandot*, fué completada por el maestro Alfano y estrenada en Italia con éxito que ha sido muy discutido.

ANTECEDENTES

La muerte sorprendió al maestro Puccini mientras se hallaba componiendo la partitura de esta ópera, que dejó sin terminar. Encargóse de completarla su colega el maestro Alfano, a quien pertenecen el dúo final del primer cuadro del acto tercero y el último cuadro de la ópera. Ésta fué estrenada en el teatro de la Scala de Milán, en abril de 1926. El libreto está basado en una leyenda China.

ARGUMENTO

ACTO PRIMERO

La escena representa la ciudad de Pekín con una parte de la gran muralla, y en lontananza el panorama de la capital. Al fondo, se divisan varios patibulos y colgadas de ellos las cabezas de algunos ajusticiados. A la derecha, la entrada del palacio imperial.

Al levantarse el telón la escena se halla ocupada por una pintoresca muchedumbre de chinos, escuchando la palabra de un Mandarín, quien pregunta el siguiente decreto: "¡Pueblo de Pekín! He aquí la ley: Turandot, la Pura, será esposa de aquel que, siendo de sangre real, descifre los tres enigmas que ella le planteará. Pero quien ose intentarlo y sea vencido, lo pagará con su cabeza".

A continuación anuncia que al Príncipe de Persia acaba de serle adversa la fortuna en la prueba y que, por tanto, va a caer en manos del verdugo.

El pueblo lo aprueba, pidiendo, a grandes gritos, la cabeza del Príncipe y pretende invadir el Palacio, siéndole cerrado el paso por la guardia del mismo. Producirse un gran tumulto y entre los que ruedan por el suelo, hálase el anciano Timur, rey tártaro destronado. La joven esclava Liú que le acompaña, trata en vano de protegerle del atropello de la turba. De pronto surge, en medio de ésta, un joven, el Príncipe desconocido, quien, acercándose al anciano, reconoce, atónito, al padre que había perdido. A los gritos de júbilo de éste por hallar a su hijo que también creía muerto, ruégale el Príncipe le guarde el secreto para evitar todo riesgo, pues el usurpador de su corona prosigue la persecución de ambos.

La plebe anuncia la llegada del verdugo para proceder a la ejecución. Mientras prepara todo su horrible aparato, aparece el fúnebre cortejo del joven Príncipe de Persia, rodeado de mandarines y altos dignatarios. Entonces, la ferocidad de la turba, ávida de sangre, truécase en un sentimiento de piedad, y todos invocan a la Princesa Turandot, la que, por fin, aparece en lo alto de la logia del Palacio. Al verla por primera vez, el Príncipe desconocido queda maravillado. Turandot, con un gesto impresionante, ordena al verdugo que lleve adelante la ejecución, y acto seguido la comitiva se dirige al lugar del suplicio.

La plaza queda desierta y en la penumbra permanecen solos Timur, su hijo y la esclava Liú. El Príncipe manifiesta a su padre que ha sido fascinado por la belleza y la gracia de Turandot, y que está dispuesto a todo para hacerla suya. En vano Timur y Liú, se esfuerzan en disuadirle, demostrándole que va en pos de la muerte. El Príncipe

cipe replica que ello es para él la vida, y al invocar el nombre de Turandot, óyese a lo lejos este mismo nombre proferido por el Príncipe de Persia moribundo.

Aparecen entonces tres tipos grotescos, Ping, Pang y Pong, los tres ministros del Imperio que ejercen, respectivamente, los cargos de gran Canciller, gran Abastecedor y gran Cocinero. El ridículo terceto cierra el paso al Príncipe, haciéndole ver los peligros que le amenazan si persiste en su locura de pretender a Turandot.

Unas sombras se aparecen en la obscuridad. Son los pretendientes de Turandot que han sido vencidos en la trágica prueba, perdiendo por ello la vida. Ante las fantasmagóricas visiones, cuyas voces evocan todavía a la amada Princesa, el Príncipe lanza un grito, pretendiendo ser su único amor y los tres ministros burlanse de él nuevamente, presagiándole un funesto fin si insiste en sus pretensiones. Y desaparecen después de mostrarle el verdugo, que en aquel momento cuelga de un palo la cabeza del Príncipe de Persia.

Entonces, Timur, agarrándose desesperado a su hijo, intenta por última vez disuadirle, al paso que Liú, la joven que siente por él un secreto amor, se arroja a sus pies sollozando.

El Príncipe, acercándose a ella emocionado y reconocido por la ternura que le demuestra, ruégale que no abandone a su desventurado padre si el hado adverso le deja solo en el mundo.

Vuelven los ministros, y asociándose a las súplicas del padre y de la esclava, intentan por última vez disuadir al Príncipe. Más éste, desoyendo a todos los que le auguran una próxima muerte, exclama: "¡No! ¡Es la vida!". Acto seguido se precipita hacia el gong colocado a la entrada del palacio y da en él tres golpes de maza, llamando por tres veces a Turandot.

Todos los presentes quedan aterrorizados, mientras el Príncipe permanece extático esperando a su adorada visión.

ACTO SEGUNDO

Cuadro primero

Vasto pabellón en forma de tienda, decorado con raras y simbólicas imágenes chinas. Aparecen los tres ministros seguidos por tres criados con linternas, que colocan sobre una mesita baja.

Los ministros comentan misteriosamente la aventura del desconocido Príncipe, mostrándose dispuestos a prepararle las bodas o las exequias según venza o sea vencido en la prueba. Luego se entretienen en ir recordando el gran número de víctimas que han caído en aventura semejante y lamentan tener que estar pasando su vida convertidos en ministros del verdugo.

Síguese un largo terceto, en el que los tres personajes cantan las raras dotes de la Princesa, cuyo corazón de hielo y belleza inmaculada son los causantes de tantas desventuras.

Oyense rumores procedentes del palacio, junto con toques de trompetas y tambo-

res convocando a todo Pekín para presenciar la terrible ceremonia. Los tres ministros se dirigen a ella precipitadamente.

Cuadro segundo

Gran plaza exterior del palacio imperial. En el centro, una de las monumentales escalinatas de mármol que conducen al interior de aquél.

La muchedumbre va invadiendo poco a poco la plaza. Llegan los Mandarines en traje de gran solemnidad. En lo alto de la escalinata aparecen los ocho sabios, cada uno de los cuales lleva en la mano tres rollos de seda que contienen las soluciones a los tres enigmas de Turandot.

La multitud va comentando la llegada de los altos dignatarios. Entre nubes de incienso y aromas, aparecen los estandartes blancos y amarillos que anuncian la llegada del Emperador. Poco a poco el incienso se disipa y deja al descubierto en lo alto de la gradería al Emperador Altoum sentado en un gran trono de marfil. Es viejísimo, de aspecto venerable y hierático, semejando un Dios que aparece tras las nubes. Todo el pueblo se prostra ante él, tributándole su homenaje. El Príncipe desconocido aparece al pie de la escalera. Timur y Liú se hallan confundidos entre la muchedumbre.

El Emperador, con voz sumamente débil y pausada, declara que un terrible juramento le construye a cumplir un tenebroso pacto, que ha tenido con frecuencia su cetro de sangre, por lo cual ruega al audaz joven causante de la ceremonia, que renuncie a su intento. El Príncipe insiste con gran firmeza en arrostrar la fatal prueba.

De nuevo suplica el Emperador que le deje morir sin el remordimiento de aquel sacrificio juvenil. Por tres veces, el Príncipe reitera su petición, y viéndose impotente el Emperador, con un gesto airado, pero grandioso, exclama: "¡Extranjero sediento de muerte! ¡Sea! ¡Cúmplase tu destino!" El pueblo aclama a su Emperador. El Mandarín promulga, una vez más, el conocido secreto, y acto seguido avanza Turandot, bellísima e impasible, lanzando desde lo alto de la escalinata una mirada glacial al Príncipe, quien la resiste firme y sereno.

En medio de un solemne silencio, la Princesa Turandot evoca el reinado de su dulce abuela, la Princesa Lo-u-ling, quien después de ver a sus ejércitos derrotados, fué secuestrada por un extranjero como el que está allí presente, y para vengar la memoria de aquella reina mártir, ella ha jurado no pertenecer jamás a ningún hombre, conservando con el mayor orgullo su pureza inmaculada. A continuación diríjese en tono amenazador al Príncipe, exclamando:

—¡Extranjero! ¡No tienes la fortuna! ¡Los enigmas son tres, la muerte es una!

A lo cual responde con resolución el Príncipe: "No, Princesa, los enigmas son tres, y una es la vida". El pueblo pide airado a Turandot que someta a la prueba al osado Príncipe. Acto seguido, un toque de trompetas impone el general silencio, y Turandot plantea el primer enigma:

"Un fantasma despliega sus alas en la obscura noche sobre la negra humanidad. Todos le invocan, todos le imploran, pero el fantasma desaparece con el alba para renacer cada noche y fenercer cada día."

Después de un breve silencio, contesta el Príncipe con gran firmeza: "La esperanza". Levántanse los ocho sabios y a un tiempo despliegan el primer rollo, donde se lee: "La esperanza". Murmullo de estupefacción de todos los presentes. Turandot lanza una mirada fiera, disimulándola bajo una fría sonrisa, y para aturdir y fascinar todavía más al Príncipe, desciende hasta la mitad de la escalinata, desde donde le presenta el segundo enigma:

"Agítase cual la llama, y no es llama. Tal vez delirio, fiebre. La inercia la hace languidecer. Si la pierdes o mueres, se enfriá; si sueñas en conquistas, se enardece. Su voz escuchas con gran pavor."

El Príncipe titubea. La Princesa parece desconcertarlo con aire triunfal. Todos los presentes suplican a aquél que no arriesgue más su vida, pero por fin exclama con un grito: "La sangre". Los sabios confirman estas palabras en la misma forma que antes. La multitud, entusiasmada, toma parte en favor del extranjero y le incita a vencer a la Princesa. Esta, rebosando indignación contra todos, desciende hasta el pie de la escalinata, se inclina hacia el Príncipe y con aire feroz, aproximando la boca a su rostro, le plantea el tercer enigma: "Hielo que en ti produce fuego, y tu fuego aumenta el hielo. Cándida y enigmática. Si te quiere libre, te hace más siervo; si por siervo te acepta, te hace rey".

El Príncipe permanece callado y sin respirar apenas. Turandot se inclina más hacia él, como sobre segura presa, e insiste en tono de desafío. El Príncipe, desolado, se sujetó la cabeza con las manos, pero al fin logra erguirse con gesto esforzado y alto, exclamando: ¡Ah! no me escapas; la victoria es mía, mi fuego es lo que te hiela, oh "Turandot"! Esta vacila, retrocede, permanece inmóvil, como petrificada por el dolor, mientras los sabios exhiben el tercer cartel con la palabra "Turandot".

La muchedumbre aclama al vencedor, mientras la Princesa, desesperada, remonta presurosa la escalinata y lanzándose a los pies del trono suplica a su padre que no la arroje en brazos de un extranjero.

El Emperador, solemnemente, le contesta por dos veces que el juramento es sagrado y el pueblo ratifica estas palabras. Entonces Turandot, dirigiéndose al Príncipe, pregúntale si se considera capaz de aceptarla sólo por la fuerza, a lo que éste contesta que sólo la quiere por el amor y no siendo así la desliga del pacto. Al efecto la propone que a cambio de los tres enigmas, ella le descifre uno solo: "Dime cuál es mi nombre antes de apuntar el alba, y con el alba moriré".

En medio de la mayor expectación, Turandot inclina la cabeza, como aceptando la propuesta. Entonces el anciano Emperador, levantándose conmovido, invita al Príncipe a entrar en su palacio, pidiendo al cielo que al lucir el sol sea ya su hijo. Entre grandes aclamaciones de júbilo el Príncipe asciende la escalinata con paso firme, mientras cae el telón.

ACTO TERCERO

Cuadro primero

Jardín del palacio imperial. A la derecha un pabellón que conduce a la estancia de Turandot. Es de noche. El Príncipe aparece solo en escena, escuchando las voces leja-

nas de los heraldos que van pregonando por la ciudad la orden de Turandot: "¡Nadie duerma esta noche en Pekín! ¡Pena de muerte a quien no revele antes del anochecer el nombre del Príncipe desconocido!"

Llegan los tres ministros y se aproximan al Príncipe, rindiéndole homenaje. Anuncianle que la sangre va a correr en Pekín si no hay quien revele su nombre y le presentan un grupo de bellísimas doncellas para que satisfaga sus ansias amorosas a cambio de renunciar a Turandot. Viendo que no logran convencerle así, le ofrecen también considerables tesoros y piedras preciosas. Pero también el Príncipe rechaza todas las riquezas. Entonces le brindan la gloria, ofreciéndole proteger su fuga para que pueda recorrer el mundo vanagloriándose de haber vencido a Turandot. El Príncipe, por toda respuesta, tiende los brazos al cielo invocando la llegada del alba que ha de darle el triunfo.

La multitud, que ha ido aglomerándose a su alrededor, amenaza furiosa al Príncipe para que revele su nombre y salve a todos de la matanza con que les amenaza la Princesa. En el momento en que algunos pretenden arrojarse sobre aquél, puñal en mano, salen de entre el gentío el viejo Timur y la esclava Liú, siendo maltratados por todos, a fin de que revelen el nombre de quien, sin duda, son los únicos en conocer. Pero en aquel momento preséntase la Princesa y todos se postran ante ella. Turandot ordena al anciano que revele su secreto, mas Liú se interpone para salvarle, manifestando que ella es la única que conoce el nombre del Príncipe. Inútiles son cuantos esfuerzos se verifican para arrancárselo; a las amenazas y torturas, responde la joven esclava que antes prefiere morir que hacer traición a quien ama en secreto. Turandot, irritada, manda llamar al verdugo para que someta a la infeliz al más terrible martirio, pero Liú, arrebatiendo el arma a uno de los soldados la hunde en su pecho y cae desplomada a los pies del Príncipe, que acaba de libertar con su sacrificio.

Timur, enloquecido, arrojase sobre el cadáver de su fiel esclava. Después, el anciano, con un supremo esfuerzo, y lanzando un aullido, vaticina a los presentes que el alma de la víctima se vengará de aquel horrendo delito. Entonces, un terror supersticioso se apodera de la multitud, ante el temor de que, según tradición popular, aquella muerta se transforme en espíritu maléfico por haber sido víctima de una injusticia y les persiga como un vampiro. El cadáver es retirado en medio de una religiosa commiseración, acompañado por el pobre anciano y seguido por la multitud.

Quedan solos en escena el Príncipe y Turandot. Esta permanece en actitud extática, cubierta por un gran velo. El Príncipe la incita a que, en presencia de la sangre vertida por su culpa, deje de ser la Princesa de hielo y se vuelva más humana. Y acto seguido, precipitándose hacia ella le arranca el velo; al contemplarla de cerca en todo su esplendor se inflaman sus ansias amorosas, le tiende sus brazos y a pesar de la resistencia de Turandot que en vano le ruega no la profane, el Príncipe, fortalecido por la conciencia de su derecho y de su pasión, la estrecha entre sus brazos y la besa con delirio.

Turandot, al sentir por vez primera el contacto de los labios de un hombre, cae rendida, sin fuerza ni voluntad, como transfigurada, en el preciso momento en que apunta el alba.

Síguese la natural escena amorosa, en la que el Príncipe, en el transporte de la pasión, revela a la amada su secreto: "Yo soy Calaf, el hijo de Timur". Turandot, ante la inesperada revelación, yérguese ferozmente como si despertara de nuevo su alma, indómita y altiva, exclamando: "¡Ya sé tu nombre! Ahora soy dueña de tu destino", a lo que contesta el Príncipe que, después de haberla poseído ya no le importa morir.

Cuadro segundo

Exterior del palacio imperial. En el centro de la escena, sobre una alta gradería aparece el Emperador circundado de la corte, dignatarios y soldados.

El pueblo ocupa ambos lados de la plaza. Turandot remonta la escalinata y en medio de la mayor expectación declara que conoce el nombre del extranjero. Y fijando sus ojos en el Príncipe, que permanece inmóvil a sus pies, suspira dulcemente: "¡Su nombre es... Amor!" El Príncipe lo repite con una gran exclamación, sube veloz hasta ella y ambos se unen en estrecho abrazo.



EXCLUSIVA DE ANUNCIOS
EN EL
**GRAN TEATRO
DEL LICEO**



BALMES, 81, 2.^o-1.^a
TELÉFONO 72304

Este programa se reparte gratuitamente

Tip. Occitània
Mallorca, 410